

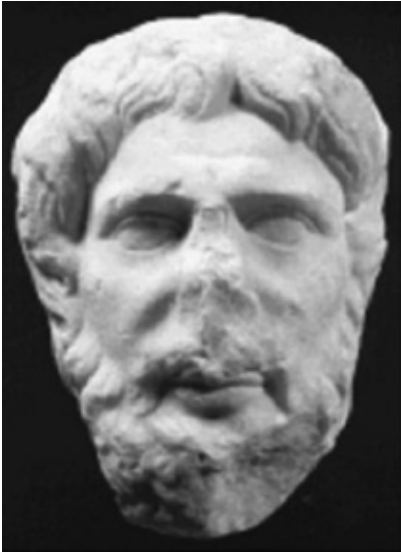
# SOBRE ALGUNOS DIOSSES LUSITANOS

JOSÉ L. RODRÍGUEZ PLASENCIA

---

Sabemos que en la antigüedad Extremadura estuvo habitada por numerosos pueblos indígenas, pero debido a la escasez de fuentes históricas relacionadas con su vida y sus costumbres –y particularmente con su panteón tribal y sus creencias religiosas– es difícil hacer una exacta valoración de las más de doscientos teónimos indígenas documentados epigráficamente en nuestra Comunidad. Lo que sí se cree como cierto –a pesar de ese número tan elevado de divinidades– es que cada comunidad no tenía una religión totalmente distinta a la del vecino, ni que su panteón fuera politeísta como parece aparentar. Simplemente –como escribió Cicerón– era que cada comunidad veneraba al mismo conjunto de dioses, solo que con distintos nombres. Sería algo parecido a como acontece actualmente en la religión católica, donde Cristo es venerado como *del Perdón, de la Buena Muerte, de la Amargura, de las Tres Caídas*... Y la Virgen como *Ntra. Sra. de Sequeros – Zarza la Mayor –, de la Zapatera – Sta. María de Nava – de la Chandavila – La Codosera –, de Soterraña – Madroñera –, del Teso* en Cerezo... Igualmente se sabe que entre los pueblos de origen celta estaba muy presente la creencia en un más allá, en una idea de inmortalidad, como se desprende del culto dedicado a dos deidades relacionadas con la muerte –Endovelico y Ataecina–, que eran los encargados de llevar las almas del difunto a la otra vida y que formaban un triunvirato con Reneocesius, dios de las jabalinas.

*Endovéllico* –también conocido como Endovéllico/us, Enobólico/us– era la divinidad principal del panteón lusitano en época romana, protector de la tierra y de cuanto crece



*Endovelico (Google).*

en ella. Su etimología se compone de las palabras célticas *endo*, superlativo divino, y *vellicus*, de significado oscuro. Y su nombre significa algo así como dios muy bondadoso. Algunos lo han relacionado con *Bellinus*, nombre de la divinidad celta *Belenos*, mientras que otros lo asocian o relacionan con *Vailo* o *Vaelico*, vocablo vetón que designa al lobo.

Es la divinidad de la que se conservan alrededor de un centenar de aras votivas a él dedicadas, en algunas de las cuales aparece junto con el jabalí y el cerdo —que se asocian con el más allá—, lo que hace sospechar que ambos animales debieron estarle especialmente consagrados. Y también aparecen en las mismas ramas de laurel y de palma, por los que se piensa que era el dios encargado de llevar las almas de los devotos a la inmortalidad. Pero también ha sido asi-

milado a la salud, los sueños y la naturaleza, por lo que se adaptó a Esculapio o Serapis por los romanos.

Su importancia religiosa sólo fue igualada por *Ataecina*, *Atégina* o *Ataegina* —del celta *Ate* + *Gena*, *el renacer*— que fue venerada tanto en la Lusitania como en la Bética como diosa de los infiernos —según unos— o del renacer primaveral, de la medicina y de la luna —según otros—, pues se la tiene como a la divinidad indígena femenina más venerada en estas demarcaciones, como lo demuestran los numerosos exvotos epigráficos a ella dedicados y esparcidos por la parte sur de Cáceres y Badajoz y la zona media portuguesa, con las invocaciones de *Domina*, *Dea*, *Dea Santa*.

También se le aplica el apelativo de *Turobrigensis*, *Turibri*, *Turibrige* porque estuvo en la ciudad de Turóbriga su principal santuario. Claro que aún queda por ubicar esa ciudad. Según Plinio — que el difunto presbítero Vicente Navarro del Castillo —*Extremadura, un grito en la Historia*, pg. 96 — menciona estaría situada en la Beturia céltica en la baja Extremadura, aunque para el portugués Leite de Vasconcelos esta población se debe identificar con Ituci en la misma región, aunque no es muy segura la ubicación. Aunque el hallazgo de más de quince aras dedicadas a la diosa en la ermita visigoda de Santa Lucía del Trampal “*respalda el indicio de que este lugar constituyó un importante santuario, independientemente de que tenga que ser identificado con la escurridiza Turobriga*”, matiza el presbítero del Castillo.

En efecto: en la provincia de Cáceres y en el término municipal de Alcuéscar, se halla la ermita visigoda de Santa Lucía del Trampal que, junto con otras dos ermitas

destruidas, dedicada una a Santiago y otra a una advocación desconocida, que se levantaban en el mismo lugar, inducen a sospechar que allí existió un foco monástico desde tiempos visigodos, erigido aprovechando los elementos romanos ya existentes, procedente de un templo pagano anterior con un posible culto a las aguas, datado alrededor del siglo VI a. de C.; convento destinado a sacralizar aquel lugar de gentilidad. Según algunos historiadores, y debido a la gran cantidad de inscripciones dedicadas a Adaegina o Ataecina, el lugar estuvo dedicado tal vez a esta deidad indígena —asimilada por las diosas romanas Ceres y Proserpina romana—, diosa infernal a la que se le atribuía la resurrección de la Naturaleza una vez pasado el invierno, entre cuyas atribuciones estaría la de ser protectora de las aguas y la fertilidad, de ahí que se escogiera este lugar de fértiles tierras y bien regado para erigirle un templo, junto con el de Endovélico —dios muy bondadoso—, el más conocido de los dioses celtibéricos prerromanos de la Edad del Hierro, dios de la salud y protector de la tierra y la naturaleza, especialmente de los bosques, muy extendido en los territorios comprendidos entre el Tajo y el Guadalquivir. Igualmente, las inscripciones hacen también referencia a la ciudad celtibérica de Turóbriga, que no ha podido ser localizada aún, donde estaba el principal centro de culto de Ataecina. Por ello, bien podría suponerse que la arruinada ermita de Santiago —cristianizada como la de Santa Lucía y la otra de dedicación desconocida— estuviesen bajo otra advocación pagana, puede que Endovélico o que se tratase de un *livi* o Júpiter, al que han aparecido dedicadas otras inscripciones en los alrededores.



*Sta. María del Trampal (Alcuéscar).*

En una de las aras emeritenses más importantes a ella dedicada se la nombra como *Diosa Ataeciana Turibrigense Proserpina*; lo de *Proserpina* se añadió porque el ara fue hallada en la finca del Lavadero de lanas próximo al pantano o embalse bautizado como de *Proserpina*. Embalse que durante tiempo fue conocido por los emeritenses como la *Charca de la Albuera* o de *Carija*, debido a que recoge las aguas del Arroyo de la Albuera. Y fue a partir del siglo XVIII cuando comenzó a llamarse *Proserpina* por encontrarse en el lugar una lápida con invocación a la diosa *Ataecina-Proserpina*.

Y debido a la gran cantidad de cabritas que aparecen en las aras a ella dedicadas, se presupone que este mamífero artiodáctilo le estaba consagrado con preferencia.

Para concluir añadiré una asimilación difícilmente probable que recoge el teólogo, pastor y misionero alemán naturalizado español Friedrich Fliedner Bertheau, quien establece una asimilación de Ataecina con Santa Eulalia de Mérida, “*cuyos cultos coinciden. Según él, la devoción a Ataecina tiene su continuidad en el culto a Santa Eulalia. No hay muchos más datos que podamos usar para confirmar esto, aunque sí es cierto que el culto a Santa Eulalia comienza a comienzos del siglo IV d. C., poco después de que dejen de aparecer inscripciones a la diosa Ataecina*”. A esta posible relación hice referencias en mi trabajo *Apariciones Marianas en Extremadura –Revista de Folklore*, número 365–, donde trataba de la Virgen de las Nieves y su relación con la Dama Blanca, una figura de las mitologías de diferentes países celtas que se identifica a menudo con Morrigan –de la antigua mitología irlandesa– y que es conocida por muchos como la reina de la muerte, de la destrucción y la aniquilación y que además de tener conexiones con historias de hadas, brujas, ánimas o fantasmas, ha sido venerada y se le ha rendido culto bajo forma de santas o incluso de la Virgen María y relacionada igualmente con divinidades prerromanas como Ataegina, que según señalaba Robert Graves en su obra *La Diosa Blanca. Gramática histórica del mito poético* – aparece en los relatos de fantasmas “*con frecuencia con el nombre de la Dama Blanca y en las antiguas religiones desde las Islas Británicas hasta el Cáucaso, como la Diosa Blanca*” y que se la relaciona también con divinidades prerromanas, como Ategina, Ataecina o Ataegina.

El tercer dios en importancia dentro del panteón lusitano fue Runesocesius, el dios de las jabalinas, “*pues su nombre Runesus Cesiús –Wikipedia– fue interpretado como celta, con Cesiús, con un alógrafa para gaesius y por tanto derivado de las raíces ‘runa’- y ‘gaiso’ que significan ‘el misterioso de la jabalina o lanza’*”. Por su parte el catedrático e historiador ovetense José María Blázquez Martínez hace una lectura alternativa uniendo ambos nombres en una sola palabra en función de que el elemento “eso” que se relaciona con nombres lusitanos. Blázquez también observó que mientras que había un gran número de deidades registradas en las regiones del norte de Lusitania y Gallaecia, solo los nombres de Endovelicus, Ataegina y Runesocesius aparecían en el sur, más allá del río Tajo, que algunos han supuesto que deben haber significado que se concedía especial importancia a estos tres. “*El carácter de los celtici y otros pueblos de esta región y su afiliación como lusitanos, celtas o tartesios/turdetanos sigue siendo un tema complejo. Por lo tanto, Runesocesius podría considerarse significativo para los lusitanos, celtíberos o turdetanos, o para los tres*”.



*Ana y Barraeca.*

Por último –y ya en Mérida– el análisis de dos epígrafes hallados en un dintel del mausoleo de un liberto junto a la Casa del Anfiteatro. Ambos epígrafes son de gran interés porque el primero confirma que el apelativo antiguo del Guadiana no era *Anas*, sino *Ana*, y el segundo porque permite saber por primera vez el verdadero nombre del río secundario de Mérida, que conservó su primitiva denominación indígena de “*Barraeca*”. Igualmente ha permitido añadir dos nuevos dioses al panteón lusitano.

La diosa Ana, en la Mitología Ibérica, es la divinidad del agua, de la lluvia y, por tanto, de la fertilidad, la curación y la sabiduría. Asociada al planeta Venus, es la guardiana de los ríos, cuyo nombre –impuesto por los romanos– era *Flumen* o *fluminus Anas* o río de los patos, al que los árabes bautizaron como *Wuad* –*Guadi*, río– y Ana, por la diosa. Y de *Wuad i Ana*, se nació Guadiana.

Por un cartel informativo existente próximo al Acueducto de los Milagros, Barraeca es el nombre indígena que se daba a este río antes de que fundara la ciudad. La cultura romana mantiene el topónimo por respeto a su naturaleza sagrada. Se le representa con la figura de un joven, enseñoreado con un cetro de cañizo y vinculado a su padre el dios Guadiana. El culto a las aguas es importante para que el Dios menor Barraeca tolere las obras que los romanos realizan en su cauce. La conservación de las obras de ingeniería como presas, molinos, dos acueductos, un puente, pontens y explotaciones agrarias en su vega puede depender de la satisfacción de su culto, por lo cual como medida para aplacar el dios fluvial es incorporado al panteón local. La asimilación de deidades indígenas forma parte de los ritos necesarios para que el asentamiento de la ciudad sea aceptado sin sufrir adversidades.